



¡Este cuerpo no es el mío!

Naru Ishida

Género: yaoi, comedia.

Sinopsis: Haru Matsuki es un estudiante de secundaria, mide uno con cincuenta y ocho centímetros y pesa cuarenta y cuatro kilogramos. Eizan Sato regenta un gimnasio, es un culturista de uno con noventa y siete de estatura y pesa ciento cinco kilogramos. Un encuentro fortuito entre ambos hará que sus vidas den un giro de ciento ochenta grados, pues por un capricho del destino, cada uno vivirá la vida del otro en un cuerpo que no es el suyo, descubriendo no solo deseos que parecían inalcanzables, sino los prejuicios de la sociedad que les rodea.

Capítulo 1

Haru Matsuki vivía solo en una modesta casa de la región de Kanto, Tokio. Se despertó como todas las mañanas, hecho un ovillo en su cama y con su pelo rojizo bastante alborotado. Aún somnoliento se dirigió al lavabo y se observó en el espejo. A pesar de ser un estudiante de secundaria, Haru era muy bajo para su edad y estaba demasiado flaco. No le apetecía nada tener que ir a la escuela ya que era el blanco perfecto de los “matones”, que sin duda, se aprovechaban de él por su escasa por no decir inexistente fuerza.

Tras asearse y vestirse, fue a desayunar y con ello llegó la primera prueba. Ya no recordaba que el día anterior se le había terminado un bote de mermelada y tendría que abrir otro. Con desgana cogió el nuevo frasco y lo examinó.

—Tsk, solo es un maldito frasco.

Intentó abrirlo pero era imposible, por lo que intentó quitarle primero el vacío insertando la punta de un cuchillo. Tras forzarlo un poco lo consiguió, pensando que ahora le resultaría más fácil abrirlo. Pero se equivocaba. Lo intentó hasta ponerse colorado, pero no hubo manera, aquella tapa parecía pegada con cemento y no quería girar. Probó a poner el frasco debajo del chorro de agua caliente, quizás con el calor se dilataría un poco y cedería. Tampoco funcionó, por lo que harto y con la muñeca dolorida, optó por desayunar otra cosa y se marchó refunfuñando a la escuela.

— Eres patético Haru. Joder, como odio mi cuerpo —se dijo.

Aquel día no había empezado con buen pie y al llegar a la escuela la cosa fue a peor. Haru se mostraba siempre bastante antisocial por lo que no contaba con demasiados amigos ya que la mayoría de sus compañeros siempre le estaban gastando bromas, bien por su estatura o por estar demasiado delgado. A las bromas ya estaba más que acostumbrado pero ese día se pasaron de la raya. Unos chicos más altos que él le acorralaron en la azotea, durante el almuerzo.

— ¿Qué has traído de comer Matsuki? Ah claro... lo olvidaba, tú no comes, por eso eres un “mierdecilla”. —Se jactó uno de ellos mientras se acercaba peligrosamente. — Vamos a ver qué tienes.

Dicho esto otros dos chicos le apresaron tomándole por los brazos. Haru intentó escabullirse pero era imposible.

— Maldito cobarde... ¡sois unos cobardes! ¡Meteos con alguien de vuestro tamaño! ¡Un día de estos te vas a enterar y...! —gritó con furia, pero el tipo se le acercó y le quitó todo lo que llevaba.

— ¿Y qué mierdecilla? ¿Qué me vas a hacer?

En un acto de osadía, Haru le escupió a la cara, por lo que aquel tipo sin pensarlo dos veces le propinó un buen puñetazo en el estómago. Los otros dos le soltaron de inmediato y los tres salieron corriendo.

— Tío te has pasado...

Hasta sus propios compañeros se dieron cuenta de que se habían pasado pero ya era demasiado tarde. Haru se quedó un momento en el suelo hecho un ovillo, llorando de impotencia.

— Algún día creceré, seré grande y fuerte y entonces... entonces...

Lentamente, Haru logró incorporarse, aún le dolía pero menos. Entonces lo sintió, un extraño viento le azotó en el rostro, secando sus lágrimas. No era aquel golpe lo que más le había dolido.

— Admítelo Haru, ellos tienen razón.

Después de aquel incidente, el resto del día transcurrió con normalidad. Haru se marchó a casa con su habitual desgana y esta vez tomó un camino diferente para llegar. Era algo que no había hecho nunca pero lo hizo, tomó otra calle paralela pensando que así acortaría camino. Tras un par de manzanas se detuvo y observó la fachada. Se encontraba delante de un gimnasio cuyo rótulo de neón decía: Sato Gym.

Se quedó plantado delante de la puerta, extrañado. Por alguna razón se había ido por otro camino y detenido justo en ese punto, ¿por qué? ¿Acaso aquello era una señal?

— Quizá debería apuntarme... aunque nunca me ha gustado el ejercicio pero... —Haru se tocó el estómago, estrujó su camiseta y apretó los labios. Entró.

Al instante de hacerlo todos los que allí se encontraban, tipos altos y fuertes, se le quedaron observando con descaro, como si hubiese entrado una especie de intruso. Unas risas se oyeron al fondo y de pronto Haru se sintió mareado.

— ¿Qué, qué demonios hago aquí? Tengo que irme... —susurró mientras daba unos pasos hacia atrás sin mirar. Se iba a girar cuando chocó contra alguien.

— Eh, ten más cuidado.

Sus ojos se encontraron. Haru se vio frente a un tipo inmenso que se le quedó mirando con extrañeza y él también le observó como si le hubiese dado un calambre en todo el cuerpo y no se pudiese mover. Una brisa que venía de la calle les azotó a ambos. Entonces Haru reaccionó.

— ¡Lo siento!—gritó justo antes de salir disparado por la puerta.

Corrió todo lo que pudo calle abajo para finalmente doblar una esquina y llegar a su casa. Lo del gimnasio ahora no le parecía una buena idea, tenía miedo a que también le señalasen con el dedo por lo que, tras calmarse un poco, decidió que empezaría a hacer ejercicio en casa.

Eso, es, podría empezar levantando botellas de agua para fortalecer los brazos, sí eso haría. También podía consultar por internet algunas tablas de ejercicios para poder empezar, incluso no descartaba tampoco practicar algún tipo de arte marcial, pero eso tendría que dejarlo para más adelante. Haru observó sus manos y cerró los puños. Primero tenía que adquirir fuerza por lo que no lo pensó dos veces y tras hacer sus deberes de la escuela tomó una botella de un litro de agua y comenzó a levantarla como indicaba un vídeo que veía por internet, primero con un brazo y luego con el otro.

Estuvo toda la tarde y parte de la noche haciendo ejercicio sin descanso, hasta quedar exhausto. Se quedó dormido allí mismo, en el suelo y delante del ordenador encendido.

Cuando despertó al día siguiente, todo le daba vueltas. Bostezó y giró cayéndose estrepitosamente de la cama. No recordaba haber ido a la cama. Haru intentó incorporarse, estaba bastante dolorido, probablemente por todo el ejercicio que había hecho. Pero algo muy extraño sucedía.

— Madre mía, ¿qué pasa? El cuerpo me pesa una tonelada por lo menos...

Intentó dar unos pasos y se mareó.

— ¿Por qué el suelo está más lejos? ¿Estoy subido a algo?

Intentó recomponerse y se observó en un espejo que tenía justo delante, de cuerpo entero. Entonces, abrió mucho los ojos y dio varios pasos hacia atrás, muy asustado. En lugar de verse a sí mismo, vio a otra persona completamente diferente, mucho más grande, musculoso, incluso su cara era diferente, tenía el pelo rubio y ojos de color gris.

— ¿Qué coño pasa? Esto es... tiene que ser un sueño. Ese no soy yo... ¡Ese cuerpo no es el mío!
—gritó asustado.

— ¿Ya estás con tus desvaríos Eizan? Por dios santo es muy tarde, llegaré tarde al trabajo. En cuanto al gimnasio, ya te avisaré cuando esté todo el papeleo arreglado.

Haru se dio media vuelta. Una mujer morena que no conocía de nada se había levantado de la cama y se estaba vistiendo delante de él, parecía mostrar prisa por marcharse.

— ¿Quién eres tú? ¿Qué está pasando?

— Por favor Eizan, no tengo tiempo para tonterías, me voy, ya hablaré con los abogados, te lo prometo, gracias por el sexo, blah, blah. Adiós.

— ¿Se... sexo? Pero si soy virgen...

— Sí, sí, lo que tú digas. —la mujer puso los ojos en blanco y se marchó de la habitación dando un sonoro portazo.

Haru se observó de nuevo en el espejo.

— ¡Que alguien me diga qué demonios está pasando! —gritó con fuerza. Luego paseó nervioso de un lado a otro de la habitación. Ni siquiera estaba en su casa, debía ser la casa de... un

momento, esa mujer había dicho algo de un gimnasio y de repente se acordó. Se acercó al espejo dando tumbos de elefante.

— Soy ese tipo... contra el que choqué en ese gimnasio. Recuerdo su mirada. Pero... si yo soy él... madre mía, ¡madre mía!

Se vistió torpemente para salir de allí corriendo, tenía que llegar a su casa cuanto antes. Justo al llegar ante la puerta, se escuchó un grito procedente del interior. Como no tenía sus llaves, aporreó la puerta con fuerza.

Hubo un silencio y tras unos escasos segundos alguien la abrió. Haru se quedó petrificado en el sitio pues se estaba observando a sí mismo. Ambos se señalaron con el dedo.

— ¡Ese es mi cuerpo! —gritaron a la vez.

Un vecino que pasaba cerca se les quedó mirando.

— Pasa maldita sea, nos van a tomar por locos.

— Tú... debes de ser Eizan, ¿verdad? Esa mujer te llamó así y...

— Un momento, ¿has visto a Naomi? ¿Qué te ha dicho?

— Pues... se marchó a toda prisa y dijo algo de que arreglaría los papeles del gimnasio, que hablaría con los abogados. ¿Quién es? ¿Tu novia? ¿Por qué está pasando esto?

Ahora Eizan resopló de alivio.

— Uno, no es mi novia. Dos, no sé qué pasa pero esto habrá que solucionarlo de alguna forma. ¿Cómo ha podido ocurrir? Tan solo sé que chocamos ayer en mi gimnasio. ¿Quién eres tú por cierto?

— Haru Matsuki.

— Eizan Sato. Está bien Matsuki, tiene que haber una explicación para todo esto.

— Creo que... ha sido culpa mía.

— ¿Qué? Expílicate.

— Ayer unos tipos me pegaron en la escuela, yo solo quería ser más fuerte por eso no sé cómo acabé delante del gimnasio, pero me entró miedo porque creo que se rieron de mí y por eso escapé y... bueno estuve casi toda la noche haciendo ejercicio y... resulta que cuando me desperté... no se es como si se hubiese cumplido mi deseo, pero muy a lo bestia. — dijo mientras observaba sus ahora grandes brazos.

— Ya, pues no sé qué decirte chico porque yo desde luego no deseaba esto.

— Podemos... podríamos intentar mirarnos de nuevo, como cuando chocamos, así a lo mejor volvemos a nuestro cuerpo.

Lo intentaron, se pusieron uno frente a otro y se miraron directamente los ojos, en silencio. Tras un par de minutos de espera, desistieron.

— Esto es absurdo. — dijo Eizan mientras se levantaba y comenzaba a pasear de un lado a otro.

— A lo mejor no tiene efecto hasta el día siguiente, cuando despertemos de nuevo... —observó Haru.

— Pues chico, yo no puedo faltar al gimnasio.

— Yo tampoco debería faltar a clase. Aunque bueno, por un día... podríamos decir que estamos enfermos o algo así y mañana ya vemos a ver qué pasa.

— Mmmmh... tú llama a la escuela y di que estás enfermo, yo diré que me he ido a visitar a un pariente a Kyoto, por ejemplo. Espero que no te importe que me quede aquí.

Haru se encogió de hombros.

— Es tu casa.

— Sí claro, ahora tengo tu cuerpo y supuestamente vivo aquí... que lio. En fin, ¿has desayunado?

Haru negó con la cabeza. Se dirigieron a la cocina y Eizan abrió la nevera.

— ¿Y la comida? ¿Esto es todo lo que tienes? Con razón estás tan flacucho... —dijo mientras se tocaba sus brazos.

De pronto Haru recordó algo y en lugar de contestar tomó en sus grandes manos el tarro de mermelada que no pudo abrir el día anterior. No le hizo falta emplear mucha fuerza, enseguida se oyó un “plop” y lo desenroscó con suma facilidad. Se quedó abstraído y Eizan le miró con extrañeza.

— Ayer... me tiré más de media hora para intentar abrirlo ¿sabes? En fin, seguro que te resulto patético, yo al menos he ganado en algo pero tú estás ahora en mi cuerpo de mierda, seguro que te sientes fatal por ello y te pido disculpas.

— Eh chico, no ha sido culpa tuya, además yo no lo veo para tanto. Lo único raro que me noto es que prácticamente no siento el cuerpo, tengo la sensación de que podría salir volando si quisiera, es tan raro... en fin, vamos a ver qué hay por aquí que se pueda comer.

Eizan cogió el vaso de la batidora y uno por uno comenzó a cascar y echar huevos en su interior. Haru le observó con asombro pues vio que no solo echaba uno ni dos, sino que llegó a la media docena.

— Eso te va a sentar mal...

— No es para mí —dijo mientras le ofrecía el vaso. — Bébetelo eso.

Haru se señaló con el dedo.

— ¿Yo? ¿Por qué?

Eizan puso los ojos en blanco.

— Escúchame bien, tú ahora tienes mi cuerpo así que desayunarás lo que yo desayuno, comerás lo que yo como y cenarás lo que yo ceno, ¿ha quedado claro? Y yo... te haré un favor y comeré como deberías hacerlo, porque esto no es normal —dijo mientras se señalaba.

A regañadientes, Haru tomó el vaso con ambas manos y puso un gesto de asco.

— Son proteínas, créeme te sentará bien.

Sin pensarlo más, Haru deslizó todo el contenido por su garganta dando grandes tragos. Luego se restregó la boca con la mano.

— Vaya, he podido...

— Pues claro que has podido.

De este modo y tal como habían acordado, cada uno llamó para poner su excusa y no tener que salir de casa. Era mucho más importante intentar averiguar qué había pasado, pero ante la imposibilidad de hallar una razón lógica, pues aquello de lógica no tenía nada, a Eizan se le ocurrió algo.

— Dices que intentaste hacer ejercicio, ¿verdad?

Haru asintió sin saber a dónde quería llegar.

— Te ayudaré. Además yo —dijo mientras señalaba a Haru— necesito hacer también ejercicio por lo que te diré que hay que ir haciendo y yo lo haré por ti. Ya que no puedo ir al gimnasio, algo hay que hacer.

— Harías eso... ¿por mí?

— Claro, así cuando recuperes tu cuerpo, podrás al menos defenderte de los matones de tu clase. Además, empiezo a comprenderte —se miró a sí mismo— Vale que no cuentes con mucha fuerza pero ser incapaz de abrir un tarro... me imagino que tiene que ser muy frustrante.

— Bastante. Oh, Eizan, de verdad te lo agradezco mucho. — dijo a la par que tomaba sus manos, que eran las suyas propias.

— Definitivamente, esto es muy raro...

Matsuki le dedicó una tímida sonrisa y separaron sus manos.

Dicho esto, mientras Eizan despejaba un poco la zona donde practicarían ejercicio, Haru se excusó para ir al lavabo. No pasaron ni dos segundos cuando Eizan escuchó un alarido, por lo que fue corriendo para ver qué pasaba.

— ¿Qué pasa? ¿Qué tengo? ¿Me has visto algo raro? ¡Habla chico!

Muy despacio, Haru se giró para observarle, estaba orinando de pie.

— Tu... tu pene...

— ¿Joder qué le pasa? —preguntó asustado mientras iba a mirarle.

— Es... enorme.

Eizan resopló de alivio.

— Madre mía, por lo que más quieras Matsuki, no vuelvas a darme esos sustos, ¿está claro? Además, en ese aspecto tú tampoco deberías quejarte. —dijo sin más mientras volvía a marcharse, dejando a Haru con cara de haba.

Los ejercicios no resultaron tan duros para Haru, ya que obviamente su cuerpo actual estaba mejor preparado, sin embargo era todo un reto para Eizan, que comenzó a levantar botellas de agua y enseguida se puso a sudar.

— A esto se le llama empezar muy “por debajo de cero”. Chico, vas a ser mi reto personal.

Haru sonrió a la vez que hacía flexiones con una facilidad que hasta ahora, no tenía. Y no solo eso, aunque se viese a sí mismo, sabía que contaba con un nuevo amigo.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Eizan fue el primero en despertar y enseguida supo que seguía estando en el cuerpo de Haru, ya que algo enorme le estaba aplastando las piernas.

— Haru, por lo que más quieras, muévete o te quedarás sin piernas... —dijo aún somnoliento mientras intentaba en vano moverle.

— ¿Qué? Ah... lo siento. Vaya, aún seguimos intercambiados.

Eizan cayó en la cuenta.

— ¿Por qué hemos dormido juntos?

— Lo siento —se excusó Haru mientras guiñaba un ojo y sacaba la lengua, en un gesto que no le favorecía en absoluto —pensé que si estábamos cerca el uno del otro quizás volveríamos mejor a nuestro cuerpo.

Eizan puso los ojos en blanco antes de incorporarse. No dio ni dos pasos cuando gritó de dolor.

— Dios, joder, ¡me duele todo el cuerpo!

— Eso, mi querido amigo, se llaman agujetas. Bienvenido a mi mundo, o mejor dicho, a mi cuerpo. Yo la verdad estoy bien.

— Pues claro que estás bien —refunfuñó Eizan apretando los dientes. Luego fue hacia la cocina con sus ahora delgadas piernas curvadas, andando como si le escociesen los huevos.

Tras el desayuno rico en proteínas, decidieron que ya no podían quedarse encerrados y si aquello iba para largo, tenían que proseguir con sus vidas, como fuese. Por lo que acordaron que Eizan iría por Haru a la escuela y este le iría a buscar a la salida para luego ir los dos al gimnasio, así podrían seguir con su entrenamiento. De este modo, Eizan cargó con una mochila y fue en bicicleta hasta la escuela de Haru.

— Estoy viviendo la vida de otra persona...

Eizan llegó a la clase que Haru le había indicado y se sentó en un pupitre del fondo. Los matones del otro día no tardaron en hacer acto de presencia.

— ¿Qué pasa enano? ¿No tuviste suficiente el otro día?

Eizan les observó y frunció el ceño.

— ¿Fuiste tú quien pegó a... quiero decir quien me pegó?

— ¿Qué pasa canijo? ¿Necesitas que te lo recuerde? — dijo amenazante mientras alzaba el puño. Sus amigos intentaron calmarle.

Para su sorpresa, Eizan se levantó y le agarró de la camiseta.

— Un día, imbécil, recuperaré mi cuerpo y entonces te arrepentirás de lo que le estás haciendo a Matsuki.

En ese momento llegó el profesor. El matón, sorprendido por tan rara amenaza, lo dejó estar y fue a su sitio.

— “En serio Matsuki, es un milagro que estés vivo... joder, nunca me había sentido así de impotente...”

El resto de la mañana, transcurrió sin más incidentes y Eizan no se le dio mal del todo en clase, respondía a las preguntas que le planteaba el profesor correctamente y nadie pareció detectar que su personalidad era diferente. También se dio cuenta de algo: nadie más se acercó a él.

— “¿Matsuki no tiene amigos?”

Salió de la escuela con ese pensamiento en la cabeza pero enseguida se llevó un susto de muerte. Vio cómo su coche derrapaba en una frenada en la que casi se lleva por delante un grupo de estudiantes.

— ¡Perdón! ¡Perdón!

— ¡Matsu...! ¡Sato! ¿Qué coño haces conduciendo así?

Haru se bajó del coche, estaba visiblemente nervioso.

— Es que... no se conducir muy bien... pensaba que podría hacerlo pero se conoce que el cuerpo no tiene nada que ver.

— Pues claro que no tiene nada que ver. Tsk, venga sube —terminó diciendo Eizan a la vez que se ponía al volante.

Todo el mundo se les quedó mirando, pensando que por qué un tipo grande al que no habían visto nunca vino a recoger a Haru y además fue este el que se puso a conducir.

— ¿Qué tal se te dio en la escuela?

— Bien, aunque tuve el placer de conocer a tus “amigos” los matones.

— Ya... — Haru se puso triste y tras un rato de silencio Eizan preguntó.

— ¿No tienes amigos en clase?

Haru negó con la cabeza y Eizan no supo qué más decir por lo que cambió de tema.

— Si no te importa, antes de ir al gimnasio pasaremos por la tienda de ropa que hay al lado, quiero comprarme algo. —dicho esto soltó una mano del volante y le revolvió el pelo, que era el suyo propio. — Y alegre esa cara, me veo jodidamente deprimido.

Una vez en la tienda, que claramente estaba dedicada a ropa de deporte, el dependiente, otro tipo bastante musculoso, saludó a Eizan. Haru no se inmutó por lo que Eizan le lanzó una mirada elocuente.

— Ah, hola... —respondió más tímido de lo normal. Eizan se acercó e hizo que se agachase para susurrarle.

— Recuerda que eres yo, chico. Ahora pruébate esas camisetas de ahí. Quiero ver cómo me quedan.

— Y por qué no te las pruebas tú... Aaah... ¡duele! ¡Duele!

Eizan le estaba tirando de una oreja aprovechando que Haru estaba a su altura.

— ¿Estás tonto o qué?

— Vale, vale — dijo mientras se restregaba la oreja dolorida. Pero se le iluminaron los ojos cuando vio las camisetas. Enseguida cogió unas cuantas para a continuación, pasar al probador. El dependiente no hacía más que mirarles, desde luego ese día Eizan tenía un comportamiento muy raro, y aquel chico que le acompañaba y que no había visto nunca, incluso parecía que le estaba dando órdenes.

Al cabo de poco, Haru salió del probador y mostró la primera camiseta, de color rosa y con roturas que dejaban ver la piel. Salió poniendo una postura infantil que no le pegaba nada y Eizan se restregó la mano por toda la cara. Le empujó hacia dentro del probador y se metió con él en el interior.

— Ni de coña me voy a comprar esa mariconada de camiseta.

— ¿Ay pero qué dices Eizan? Si te queda muy bien... — dijo mientras ponía morritos. — Te queda muy sexy.

Eizan enarcó una ceja.

— ¿En serio lo crees?

Haru sonrió mientras asentía. Después de todo lo acontecido y tras ver cómo era la vida tan solitaria de aquel chico, decidió darle el gusto de comprarse esa camiseta.

— ¿Va todo bien ahí dentro, Sato?

El dependiente ya estaba con la mosca detrás de la oreja y no le pasó desapercibido que uno de sus mejores clientes se encontraba encerrado en el probador con un chico. La puerta se abrió.

— Este sobrino mío, es un travieso, jejejeje... — soltó Haru mientras le revolvía el pelo a Eizan, quien mostraba ahora un gesto ceñudo. — Bueno, ¡me llevaré esta camiseta!

Aún con aire desconfiado, el empleado tomó la misma y se la cobró.

— Buena salida. —observó Eizan cuando salieron ya de la tienda, pues por fin Haru interpretaba el papel que le correspondía en ese momento.

La siguiente parada fue el gimnasio. Como aquella coartada del sobrino les pareció buena idea, siguieron con ella, aunque Haru actuaba con demasiado entusiasmo.

— Hola chicos, este es mi sobrino, Haru Matsuki. Estará algunos días conmigo, como veréis, tiene mucho que entrenar, ¿verdad sobrino? —dijo mientras hacía como que boxeaba sobre el brazo de este. —Eizan se limitó a apretar los labios, ahora tendría que actuar como si allí fuese un desconocido y eso que estaba en su propio gimnasio, el que él mismo regentaba.

Ahora Haru no sentía ningún miedo de estar allí, pues el estar en otro cuerpo le daba otro tipo de confianza que nunca había tenido, pero pronto descubriría, que no es oro todo lo que reluce.

Se dirigió con una sonrisa de oreja a oreja donde estaban las pesas, de diferentes tamaños y peso, puestas ordenadamente en filas. Al ver que tomaba las más pequeñas, Eizan fue a su lado mientras maldecía por lo bajo y tiró de su camiseta.

— ¿Qué haces idiota? Suelta eso. — Refunfuñó entre dientes mientras miraba a los lados para asegurarse que no les observaban — ¿Te crees que solo puedo levantar eso? Coge las malditas mancuernas y pon diez kilos en cada una. Yo cogeré... esto— terminó diciendo mientras tomaba las pequeñas, que ya notaba que le pesaban, por lo que por primera vez, a Eizan le entraron ganas de llorar.

— Ah, es verdad, vale hombre, no te pongas así... es difícil acostumbrarse.

— Lo sé.

A pesar de las terribles agujetas que tenía, Eizan tomó las pesas pequeñas y comenzó a levantarlas. Enseguida, unos clientes habituales a los que ya conocía se le quedaron mirando descaradamente.

— Mira el canijo... moral no le falta. — dijo uno de ellos provocando la risa del resto.

— ¿Qué ocurre? ¿Todavía no se te han curado las almorranas?

Todos callaron de repente y el tipo puso un gesto de extrañeza. ¿Cómo ese crío que no conocía de nada podía saber eso? Por suerte, decidieron pasar del tema y siguieron a lo suyo. Por su parte, Haru realizó todos los ejercicios que Eizan le había explicado con anterioridad.

De pronto, una mujer entró dando fuertes taconazos y se plantó delante de Haru con semblante serio.

— Eizan tenemos que hablar.

Haru la reconoció enseguida, era la mujer a la que vio salir de la casa de Eizan cuando despertó en su cama. Naomi.

Al verla, Eizan se acercó de inmediato.

— Esto... no creo que sea un buen momento. ¡Ah! Mira, te presento a mi sobrino Haru, se quedará conmigo una temporada.

Naomi dirigió su mirada afilada a Haru, que en realidad era Eizan y puso gesto de “no me importa en absoluto”, por lo que dirigió de nuevo la vista al que creía que era Eizan.

— Lo siento pero no ha habido suerte. Tendrás que presentarte en el despacho mañana a primera hora para firmar la venta. Créeme, he hecho todo lo que he podido pero después de lo que pasó, obviamente no confían en ti.

— Estúpida mentirosa... —susurró Eizan por lo bajo. Luego tiró de la camiseta de Haru y cambió por completo su tono de voz por uno más meloso. — Tío Sato, vámonos ya de aquí, quiero un helado. Venga, vámonos, invítame a un helado. —terminó diciendo mientras le arrastraba hacia la puerta. Haru se encogió de hombros.

— Adiós.

Naomi se quedó parada con cara de haba mientras veía como se marchaban.

Eizan caminaba tan rápido que Haru casi no podía seguirle el ritmo. Iba detrás de él y decidió no abrir la boca ya que notaba que estaba muy enfadado, sin duda, alguna historia extraña tenía con esa mujer y sintió curiosidad por averiguarlo. Vio como Eizan se metía en una heladería en la que las camareras eran *maidos*, por lo que no bromeaba con lo del helado.

— Ponme el súper gigante, con cuatro bolas de helado: fresa, chocolate, caramelo y *stracciatella*, sirope de chocolate, nata y todos los extras.

— Guau. — Se sorprendió Haru. — Yo tomaré... —miró a Eizan, pues sabía lo estricto que era con su dieta.

— Pide lo que quieras, me da igual.

A Haru se le iluminaron los ojos pero no solicitó un helado tan grande, sino una copa con dos bolas de *strawberry cheesecake* con sirope de fresa.

Cuando estaban en la mesa, con sus succulentos helados delante, Eizan atacó el suyo y lo devoró como si no hubiese un mañana.

— Chico, no sabes la suerte que tienes... de poder comer esto. Joder, como lo echaba de menos... Además a ti te vendrá bien.

— Vaya, sí que te exiges mucho. —dijo Haru tocándose la zona abdominal. No se atrevía a preguntar por lo de aquella mujer, pero no hizo falta. Tras devorar casi la totalidad de su helado, Eizan habló pausadamente, ya más calmado.

—Bueno, mereces una explicación. Esa mujer, Naomi, es mi abogada y mi... ex.

— Pero qué... ¿te acuestas con tu ex y encima es tu abogada?

— No interrumpas. —dijo Eizan mientras le señalaba con la cucharita, luego la hundió en el helado y tomó otro poco. — Sé que vas pensar que soy un estúpido, pero todo es por un interés mutuo, por decirlo de algún modo. De crío siempre iba a ese gimnasio, no tenía muchos amigos, como tú, así que tomé el culturismo como mi modo de vida. Era feliz, ingenuo... hasta que un día el dueño del gimnasio murió. Iban a cerrarlo, obviamente, pero yo empleé parte de una herencia familiar y todos los ahorros que tenía para comprarlo, y así poder ayudar a más chavales a que llevaran otro tipo de vida. Entonces en poco tiempo me di cuenta de la realidad. Siempre hay una sombra en todo y cuando descubrí que mi ex me engañaba, que solo estaba conmigo por lo que ves ahora, me sentí como una mierda y cometí un error que casi me cuesta la vida.

— Qué... ¿qué error?

— Me inyecté. Solo lo hice una vez, pero era inexperto y empleé una dosis más fuerte de la necesaria. Quería tener un reconocimiento, demostrar que podía ser mucho más. Pero eso ni te hace más hombre, ni te hace absolutamente nada, salvo convertirte en un puto drogadicto. Cuando desperté en el hospital sentí que me habían dado una nueva oportunidad, por lo que decidí empezar de nuevo. No obstante alguien dio el chivatazo y enseguida vinieron al gimnasio a investigar. Desde entonces estoy luchando para que no me lo quiten y la única oportunidad que tenía ahora ha desaparecido, pues como bien has oído, ella me ha vuelto a fallar y ahora, dentro de unas horas tendré que firmar ese documento de venta, y... decir adiós a todos mis sueños.

Eizan dejó de hablar y se terminó el helado. Haru había quedado tan absorto y entristecido por aquella historia que no supo cómo consolarle, pero se le ocurrió algo absurdo.

— Eizan... cierra los ojos.

Extrañado, así lo hizo. Haru también cerró los ojos mientras tomaba la gran carta plastificada que había en la mesa y la puso delante de ellos, a modo de escudo para que no les observasen, se acercó y le besó en los labios.

— ¡¿Qué?! ¿Pero qué haces? ¿Te has vuelto loco o algo así? Esto es, esto es... —Eizan respiraba entrecortadamente —... muy raro, ¿sabes? Joder es como besarse a uno mismo.

— Por eso se me ocurrió que cerrásemos los ojos...

— Ya si bueno, pero... ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me has besado?

— Porque creo que nunca... has recibido un beso de amor.

Eizan le observó con la mandíbula desencajada. No podía creer lo que estaba oyendo ni lo que estaba pasando.

— No, no sé como pero... a pesar de que estás en mi cuerpo, me... me gustas Eizan.

Este se pasó una mano por la cara. Su corazón latía con fuerza.

— ¿Cómo, cómo puedes enamorarte de mí si estoy en tu cuerpo?

Haru se encogió de hombros.

— Quizás el cuerpo no lo sea todo. Quizás... —observó a Eizan directamente, a sí mismo—... quizás debería aceptarme tal y como soy, pues me he dado cuenta de algo. Creía que los tipos como tú no tenían problemas, pero... me equivocaba. Da igual como seas, alto, bajo, débil, fuerte... las personas siempre encontrarán una excusa para burlarse. Ahora me doy cuenta, de que aquel día cuando tropezamos en el gimnasio, no era de mí de quien se reían. Tú estabas detrás de mí por lo que...

— Haru, ya es suficiente. Anda, volvamos a casa.

Durante el camino de vuelta, ninguno habló. Caminaban en silencio, Haru por delante de Eizan. Este último iba con la cabeza agachada, pensando en todo lo acontecido. Cuando la levantó, se sorprendió, pues no solo se observó a sí mismo, sino al chico que sin darse apenas cuenta, le estaba cambiando. Ahora observó sus pequeñas manos y las cerró con fuerza. Miró un instante al cielo cuajado de estrellas y sonrió, por primera vez, en mucho tiempo.

Capítulo 3

Justo cuando fueron a dormir, esta vez fue Eizan quien se colocó junto a Haru. Vio su ancha espalda y se mordió el labio antes de acariciar el que en realidad era su propio cabello.

— Es curioso... eres el tipo de persona que menos esperaba que se preocuparía por mis problemas.

Haru se dio la vuelta para verse de frente.

— Bueno, tú también me estás ayudando, con todo lo del ejercicio y eso... Además, no soporto que la gente le manipule a uno, me desquicia. Y esa mujer te ha estado manipulando, lo noté enseguida.

— No hay peor ciego que el que no quiere ver, ¿verdad? Joder... dentro de poco lo habré perdido. Haru, me siento tan perdido, tan impotente.

— No te preocupes, ya se nos ocurrirá algo, no vas a perder tu gimnasio Eizan. No lo permitiré.

Eizan le observó con asombro y luego sonrió.

— Haru.

— ¿Qué?

— Cierra los ojos.

Así lo hizo. Entonces Eizan se lo devolvió, le besó en los labios mientras él mismo cerraba sus ojos. No dejaba de ser extraño y sin embargo podía sentirlo. Dentro de él. Un sentimiento de amor y aceptación.

Se observaron un instante en silencio, luego durmieron manteniendo unidas sus manos. La ventana abierta dejó entrar una suave brisa que envolvió a ambos.

Cuando Eizan despertó, todo le daba vueltas. Fue como si hubiese despertado de una terrible borrachera. Estiró sus grandes brazos a la par que bostezaba y se rascó un prominente pecho bien trabajado. Entonces se dio cuenta, abrió los ojos como platos y fue corriendo al baño para observarse en el espejo.

— ¡Soy yo! ¡Soy yo! ¡Joder, por fin!—exclamó a la par que reía, mientras se tocaba la cara y los músculos de los brazos. Salió con entusiasmo — ¡Haru! ¡Ya ha ocurrido! ¡Vuelvo a ser yo! ¡Haru!

Fue por toda la casa pero no le encontraba, parecía no haber nadie. Probó en otra habitación.

— ¿Haru...?

De repente se dio cuenta y observó el reloj.

— ¡Mierda! ¡Tengo que ir al despacho para firmar la venta! Si no esa loca será capaz de demandarme...

Se iba a vestir tan rápido que por equivocación cogió una de las pequeñas camisetas de Haru para ponérsela. Se rió de su propio error y observó la camiseta rasgada de color rosa que habían comprado. Se la puso y salió corriendo a toda pastilla.

Por el camino intentó ponerse en contacto con Haru, pero su teléfono móvil no debía tener cobertura porque salía un mensaje automático.

— ¿Dónde estás chico? —se preguntó.

Llegó al despacho y abrió la puerta tan fuerte que esta se salió de las bisagras. Naomi y las otras personas que la acompañaban le observaron, asustándose por el estruendo.

— Perdón. —se disculpó Eizan. A continuación se sentó en una silla, a su lado estaba su ex-mujer y delante estaban las otras dos personas que querían adueñarse de su negocio para hacer lo que quisieran con él.

Le miraron como si fuese un bicho raro, todos iban trajeados y él parecía desentonar bastante en aquel ambiente tan frío y serio. Naomi fue enseguida al grano, no parecía en absoluto preocupada y estaba claro que no había hecho todo lo posible para impedir aquella venta.

— Bien, esta es la orden de traspaso... Eizan tienes que firmar aquí.

Un papel se colocó inmediatamente bajo su cara. Eizan solicitó un bolígrafo y uno de los compradores le prestó uno.

— ¿Qué... qué van a hacer con el local?

— Eso a usted no le importa.

— Eizan... firma de una vez. —soltó Naomi entre dientes, sin perder su estúpida sonrisa.

El corazón de Eizan comenzó a latir con fuerza. Era muy duro tener que renunciar a su negocio, a todos sus sueños, así, sin más. Apretó el bolígrafo, tanto que creyó que lo iba a partir. Leyó por encima la hoja pero no entendía absolutamente nada. Naomi le fusilaba con la mirada ya que tardaba demasiado. Eizan acercó el bolígrafo al papel. Medio segundo antes de que comenzase a escribir su firma, alguien irrumpió en la sala.

— Eizan, no firmes. Lo siento señorita, señores... Esta venta no se puede llevar a cabo.

Ahora Eizan alucinaba. Era Haru. Automáticamente y como si fuese un peligroso virus, soltó el bolígrafo que se fue rodando por la mesa.

— Oye, oye, ¿y tú quién eres para interrumpir de esta forma? —soltó Naomi, ni siquiera se acordaba de haberle visto en el gimnasio, el día anterior.

— Soy otro comprador, así que tengo que estar presente, además, ofrezco el triple por el local de lo que ellos ofrecen.

Eizan abrió la boca tanto como pudo, se puso en pie.

— Haru... ¿pero qué dices? ¿Cómo vas tú a pagar tanto dinero?

— Bueno, no te lo dije antes... obviamente no te conocía. Mis padres. Ellos me lo regalan. Ahora mismo están dando la vuelta al mundo.

Los padres de Haru eran multimillonarios y sin embargo él no lo aparentaba, y como sus padres siempre estaban de viaje, él hacía una vida absolutamente normal, teniendo incluso su propia casa. La noche anterior contactó con ellos y les solicitó un regalo de cumpleaños “por adelantado”. Madrugó muchísimo y arregló todos los papeles que enseguida sacó y los puso en la mesa. Los compradores observaron a aquel chico con mal gesto.

— No puedes, ni siquiera eres mayor de edad.

— Se equivoca, seré bajito y pequeño pero tengo más edad de la que aparento, créame. Además, ahí todo está en regla. Vamos, usted es abogada, eche un vistazo.

Naomi, incrédula, tomó los papeles. Haru tenía razón y además ofrecía mucho más dinero, por lo que la cosa estaba clara. Se disculpó finalmente ante los otros compradores y Eizan firmó los nuevos papeles aún sorprendido por todo lo ocurrido, pero feliz, inmensamente feliz, tanto, que cuando salieron, “estrujó” a Haru en un abrazo. Pero la cosa no acabó ahí, le levantó del suelo sin dejar de abrazarle y le besó en los labios.

— Vaya, así es mejor ¿verdad? — dijo Haru rojo como un tomate.

— ¿No vas a echar de menos estar en mi cuerpo?

Haru negó con la cabeza.

— Me gusto así, además gracias a ti ahora soy un poco más fuerte.

— Aún no lo suficiente, pero al menos ahora podré entrenarte, si me contratas, claro.

— Oops ¡contratado!

Rieron.

— Será mi manera de darte las gracias y... ¡ah! — le soltó despacio y Haru tocó tierra.

— ¿Qué ocurre?

— Vamos, tengo una deuda pendiente.

Dicho esto tomó su mano y fueron al coche. Haru no entendía nada pero observó que condujo hasta su escuela. Una cruel sonrisa se perfiló en los labios de Eizan cuando se detuvo frente a la puerta y tiró del freno de mano.

— ¿Qué... qué vas a hacer?

— Ya lo verás. — le guiñó un ojo y se bajó del coche.

Eizan cruzó la puerta y se dirigió al patio. Todos los chicos y chicas que se encontraban allí se le quedaron mirando. Por su tamaño no pasaba en absoluto desapercibido. Le vio enseguida, por lo que se dirigió hacia su objetivo con paso firme y decidido mientras Haru le seguía por detrás, a escasos metros. Eizan sonreía entornando sus ojos de color gris. Apretó los puños tensando los músculos de sus brazos, haciéndolos crujir.

El matón que siempre estaba metiéndose con Haru se quedó muy sorprendido al ver que aquel tipo que no había visto jamás en su vida se plantó ante él.

— Quizás no me recuerdes pero yo si me quedé con tu cara, canijo.

— Yo no te conozco de nada tío. ¡Pero qué...!

— Eizan... — susurró Haru a la vez que se acercaba.

Sin más, Eizan le agarró de la pechera y le levantó con facilidad del suelo. El chico pataleaba y sin decir nada, Eizan le colgó del saliente de un árbol. Se acercó a él.

— No vuelvas a amenazar o pegar a Matsuki, o la próxima vez te colgaré de otro sitio. ¿Te ha quedado claro?

El matón asintió tan rápido que casi le dio una luxación en el cuello. Eizan se dio media vuelta y observó a Haru.

— Ahora, pídele disculpas.

— Está bien, lo siento, lo siento Matsuki. Aquel día me pasé de la raya, lo sé. Lo siento mucho.
—se puso a llorar.

Matsuki se acercó, su corazón latía con fuerza. Sin duda parecía arrepentido de verdad.

— Bájale Eizan.

— Tsk.

Así lo hizo.

— Está bien. Mira, tengo un gimnasio y he pensado que quizás te interese pasarte. Lleva también a tus amigos. El primer día será gratis.

Ahora el matón se quedó con la boca desencajada, luego sonrió e hizo una reverencia exagerada.

— Ahí estaré, ¡gracias! Pero oye, tranquiliza a tu novio, ¿vale?

Eizan y Haru se miraron y se pusieron colorados. Se marcharon en silencio hasta la salida y llegaron al coche. Haru rompió el silencio.

— ¿Lo somos?

— ¿El qué? — preguntó Eizan a pesar de que ya sabía la respuesta.

— Novios.

Sin decir nada, Eizan se acercó a él y se puso a su altura.

— Haru, en estos días he respirado a través de tus pulmones, he sentido los latidos de tu corazón, tu dolor y tu alegría, tus fracasos y triunfos, he podido comprender y aceptar muchas cosas. Ahora mismo, eres la persona que más necesito en mi vida. Te quiero, Haru Matsuki.

Este se mordió el labio, se le había formado un nudo en la garganta. Se abrazó al cuello de Eizan mientras dejaba escapar las lágrimas que había contenido. Se sintió inmensamente feliz, pues había ganado algo mucho más que un amigo.

— Yo también te quiero, Eizan Sato...

Fin.